

NOVELA (inédita)

LA CEIBA DE LA MEMORIA

Analia Tu-Bari canta las canciones ausentes
y Benkos Biohó grita para recuperar el
mundo del que lo han despojado

Los textos que a continuación se transcriben hacen parte de la novela inédita *LA CEIBA DE LA MEMORIA* en la que su autor, el escritor cartagenero Roberto Burgos Cantor recupera, desde los tiempos ocultados por una desmemoria impuesta, las voces interiores de unos seres humanos cuya lengua natal fue condenada al silencio. Con el auspicio de una poética entrañable y sin la arbitrariedad que la fantasía muchas veces se permite, el autor nos conduce con maestría de narrador de la mejor ley y mediante las a veces delirantes introspecciones de Analia Tu-Bari y Benkos Biohó, a aquellos lugares de África en los que originariamente discurrieron sus vidas.

Con la herramienta propia de la auténtica narrativa, esto es, la palabra que al nombrar revela y que contando funda de nuevo un mundo, Roberto Burgos Cantor recobra un tiempo y un espacio, perdidos para la memoria, en sus más ocultas dimensiones. No se trata entonces de la simple reconstrucción de unos hechos de los que habitualmente sólo conocemos su interpretación, sino de la recuperación memoriosa y memorable de la existencia, a partir de un lenguaje elaborado con la materia de la que estuvo hecha la vida vivida en algún sitio del mundo.

En la conmovedora evocación que de sus orígenes hace Analia Tu-Bari, como en el grito altivo que lanza al espacio ajeno Benkos Biohó con el designio de que ese grito *sacuda el árbol de las palabras* y éstas puedan volver a volar liberadas del peso de la palabra impuesta que ha sepultado su ser y el de los suyos despojándolo de toda humanidad, encontrará el lector un fragmento de la historia universal de la infamia en el que se recrea, con los precisos términos de la tragedia, el padecimiento de miles de hombres y mujeres por un mundo que, con sus dioses, sus ríos y sus bosques, les ha sido arrebatado.

En esa evocación y en ese grito ascensional que, como una espiral del sufrimiento amplía sus círculos infernales a medida que una y otro se retoman en capítulos posteriores de la novela, se mencionan con la fuerza de un poema clamoroso y con la riqueza conceptual propia del escritor formado e informado, los elementos que constituían la vida, una clase de vida, una forma de vida, que no por diferente resultaba menos válida ni merecía el menosprecio genocida de sus destructores.

Así, la identidad de esos seres se perfila con mano maestra desde la literatura, como una circunstancia humana única e irrepetible. Identidad que se define a partir del sufrimiento por aquello de lo que se carece, esto es, de lo que un día significó la pertenencia a un lugar de la tierra. Identidad que trata de ser recuperada a la manera de Analia Tu-Bari, remontando ese río manso de su memoria que ella sola sabe llamar y que cada vez le es más difícil recorrer o, a la manera de Benkos Biohó, quien desde el Palenque de su indignación, primer territorio de la libertad, valida su grito así:

Gritar para recuperar mi nombre. Para rechazar el nombre que me ponen encima del mío y así me llaman sin respeto. Domingo no es nombre de humano. Yo no soy Domingo. Ni tampoco jueves. Yo quiero seguir siendo yo... Mis familiares faltan. Mis palabras separadas de aquello que nombran, de la tierra a la que nos pertenecemos y con la cual somos un mundo de armonías, arruinan su virtud, se quedan vacías.

ARNULFO JULIO JIMÉNEZ
Bogotá 2005

La ceiba de la memoria

Cuándo vine. Cuándo. Yo no vine. Me trajeron. A la fuerza. Peor que prisionera. Sin mi voluntad. Arrastrada. Me arrancaron. Me empezaron a matar. Mis palabras las perdí. Se escondieron en el silencio. O quisieron quedarse. Como se quedaron los ríos. Los árboles. La tierra. Los bosques. La hierba. Los animales. El león. El elefante. El conejo. El buey. Quizá yo también me quedé. Estoy allá. Quedé en la aldea. Permanecí en el reino. Será esto venir. Soy incompleta. Se va consumiendo mi fuerza. Mi ritmo se tropieza con todo lo de aquí y se descarría. Ya no atiende lo que ocurre a mi espalda. Prefiero lo que viene de frente y sentirlo una vez que reconozco mi frontera. Ser en lo que está allí. Incorporarme. Conocer su compás. Exhalar para reencarnarme en eso. No puedo. Me rechaza. Se resiste. Mi energía se agota. La muerte avanza. No importa. Nunca voy a morir. Viviré en cuanto he habitado. Árbol y tierra. Cosechas y animal intocable. Mis parientes y mis antepasados. Soy siempre. Enriquecida por mi pasado que es presente. Continuidad que viene del primero de los primeros jefes de la tribu y que seguirá sin fin más allá de las vidas. Más allá de las muertes. Más allá del más allá. Vivir vidas que son mi vida. Sé hacer vino de miel y llenar las calabazas. En este sitio no me dejan. Tampoco cantar. Callada busco mis canciones. Si me escuchan me castigan. En el silencio no hay movimiento. Se ausentan las canciones. El tambor huye. Viene el látigo. Cincuenta azotes. En los primeros castigos por cantar la rabia me amarraba la boca. La rabia me ponía cadenas en la lengua. Una espuma gruesa llenaba la garganta y se endurecía como lienzo viejo. Yo no conocía la rabia. Antes conocí el miedo. Y después la rabia. Allá no. De allá conservo el amor y el llanto. La tristeza y la risa. Rabia no. La rabia es un veneno con el que me enfermaron acá. Yo la sentí con los castigos. Era una dentellada en el corazón. Y lo daña para siempre. Yo lo sé. No me engaño. Ahora muchos hechos además de los castigos me hacen sentir rabia. Es extraño. Cuando la sentí me pregunté si era algo que sucede al ver un animal desconocido. Me equivoqué. No había animales desconocidos. Yo me sabía en la ceguera del rinoceronte. En la mordida ambiciosa del cocodrilo blanco. En el canto de los pájaros que anuncian las lluvias. En las ramas del boabab que anidan vientos hijos todos de esa tierra. Sin condena aún. Me pregunté más y conocí el veneno. La rabia nace

de algo que no se deja amar. Se acoraza, expulsa a la tortuga y se pone su carey, y uno no puede transplantarse, fundirse en él. Se resiste. La rabia es un fracaso del amor. Y supe oponerme. Las cadenas en la lengua comenzaron a deshacerse. Me recorrió el torrente del sabor a hierro derrotado. El látigo zumbó y el que llevaba la cuenta gritó que uno. Yo lo sentí. En mí más que en el cuero de mi cuerpo. Un ardor insoportable y la rabia que no cabía. Entonces canté. A cada azote subía más la voz. Cantaba en la lengua del castigador y era un arrullo. Cantaba en la lengua de mi madre y de mi padre y era una imprecación. Cantaba en la voz de mis hermanos. De mis amigos. De los que nos sabíamos desde lejos sin confundirnos. De mis muertos y de mis días allá. Canté en angola y en lucumí. En arda y en mandinga. En lindagoza y en biojó. Mis lenguas, las natales y las aprendidas. El rumor de mis ríos y el soplo de mis vientos. Los estruendos de las lluvias y el secreto mantenido de mis sueños. Castigo del que brota el canto deja de ser castigo. Se lo confié a Pedro el blanco que dice querernos. Y nos quiere a su manera. Para su fe querer o amor. Él los iguala. Es la imposición de una manera de acariciar. Pedro es un amigo. Está preso de la forma. El río desliza su caudal por el cauce. Choca con los sedimentos. Se estrecha con los aluviones. Lame las rocas. A veces se desborda y recorre la llanura. Me azotan menos. Piensan que el castigo me enloquece. O que estoy loca. Lo peor de estar aquí es que desconozco el camino para volver a la tierra. El lugar donde decían mi nombre. Y me llamaban por él. Analia Tu-Bari. Hija de príncipe. Al llegar a esta tierra sentí que me habían destruido. Conocí el miedo. Esa vez la palabra no se cumplió. Nació el engaño. Lo que la palabra decía fue diferente a lo que nombraba. Terrible. Yo cantaba y salía el sol. La palabra es respeto. Invocación y algo que Alonso y Pedro llaman en su lengua milagro. El cumplimiento de lo llamado. El hecho sucede porque está en la imaginación. Encadenados y arrastrados fuimos a la isla de Fogo. Nos lastimaron con hierros que retiraban de las fogatas al rojo vivo. Un blanco de otra lengua y cubierto con tela oscura me metió la cabeza en una vasija con agua sucia. Hablaba. Su brazo y su mano subían a la izquierda, bajaban a la derecha. Qué diría. Qué dijo. El dolor en la piel no se me quitó. Y lo que nunca vi, ni soñé, ni oí. El mar. Un rugido que llenaba de horror. Una bestia enorme de piel que se elevaba para atrapar y destrozarse la presa con su sangre blanca y espumosa brotando a borbotones y detrás el barco flotando en el peligro. La mayoría de los que estábamos allí prisioneros encadenados, veníamos del interior. Los pocos de Cabo Verde conocían el mar. Sus humores variables. Las complicidades con la luna. Y le cantaban para amansarlo. Yo no terminé de conocerlo. Su gemido de animal solitario sí ronda mis orejas y en los espacios desocupados que van dejando mis olvidos él se encueva y lo oigo las noches completas ya sin susto. El mar mora en mí. Remueve los instantes que me dejan reconocer lo que soy. Lo que perdí. Mi nombre. Mi tierra. Mis palabras. Analia Tu-Bari es mi secreto. Guinea lo que me arrebataron. Soy un despojo. Una desmemoria impuesta. Desde que nos raptaron para vendernos. Desde que nos quemaron para marcarnos. Una herida innecesaria. No supe por qué se marca lo diferente. Uno nace con su distinción. Los padres. Los parientes. El lugar. La tribu. El nombre. Los muertos. Nadie se confunde. La canción del que cuida las cabras es diferente de la canción del sembrador. Y distinta de las canciones del cantor. Quien no ve la diferencia se aburre. Se piensa una repetición y se entristece al sentir que sobra. Que él ya es en los otros. Así renuncia a su propia vida y se pone a esperar la muerte. O la busca. Es una equivocación. Arrastramos unas historias pasadas que pertenecen a todos y de ellas una parte que sólo es de cada quien. Como los sueños. El sueño que se comporte nos hermana. Conduce a una belleza que acerca la realidad diaria a los deseos constantes. El sueño de uno revela los secretos del corazón. Los que no se asoman a las palabras porque aún están desprovistos de palabras. Y no es orgullo pero cada ser es necesario. Es irrepetible. Es único. Es uno y también otro y todo. Por eso la marca de

hierro y fuego es un agravio y una injusticia. Desconoció nuestra diferencia y redujo el infinito probable y misterioso de la vida a una rígida posibilidad, cruel, destructiva, en contra de la naturaleza. Además de vendernos sin derecho de venta se iban apoderando de una pertenencia nuestra que es invendible y que apenas existe si mora en nosotros. Ahora comprendo más. Ahora siento eso que los verdugos llaman saber o razón. Mi mente se llena de ese día que siguió a la noche en que nos robaron. Apropiación de lo ajeno. En la oscuridad de las estrellas, en el silencio del descanso, la interrupción brusca y la fila que camina en medio de tropezones, caídas y matorrales y la noche interrumpida en sus canciones de vientos de tierra, en las voces de los animales nocturnos. Antes del amanecer estábamos amontonados en los barracones de la isla de Fogo, unos contra otros, respirando con dificultad, adoloridos por los hierros que nos atenazaban, impedidos de sentarnos y acostarnos, oyendo las lenguas de otras tribus, sin explicación de lo que ocurría. Nos empujaron afuera, al resplandor luminoso de la mañana y teníamos al frente el mar. Muchos se pusieron de espaldas por el temor y les era insoportable verlo. Sacudían la cabeza aterrados para dejar de oírlo. Un padre de los recién llegados nos echó agua en la cabeza. Nunca supe qué decía en su lengua de ceremonias. Estaba con los que llegaron a estas regiones a abusar, a maltratarnos, a hacer daños. A expulsarnos. Una amiga de Cabo Verde me contó que los padres hablaban de un Dios que nos esperaba en su reino cuando muriéramos. Hacia la mitad del día el sol de siempre ponía reflejos de un brillo que cegaba en esa extensión sin fin de agua enemiga. Lo que siguió me enferma cada vez que aparece en mis sueños o en mis vigiliadas oscuras y desocupadas cuando el ruido del mar inunda mi mente. Se me eriza la piel. Me duelo. Los veo tirados en la playa con las manos hundidas en la arena, agarrados a la tierra que se les escurre entre los dedos mientras los blancos que vigilan y llaman capitanes de la arena les castigan con látigos cortantes de siete colas y nuestros primos negros renegados, traicioneros, también golpean con ese gesto que hace sufrir más por venir de alguien que está cerca de ese conjunto, de ese todo que es uno mismo, y abren el aire con sus látigos de piel de hipopótamo. Otra vez el padecimiento se ahonda. Mi primo, mi hermano de tierra, mi color, mi sangre, utiliza la piel de esos animales que surgen de los lagos y de los remansos del río, con sus bocas gigantes, los dientes enormes y los vegetales acuáticos enredados, para ofendernos y estropearlos. Hipopótamo que en vida jamás nos ataca, en muerte su piel es usada para abrirnos la piel y desangrarnos. Y a la fuerza en medio del irrespeto al miedo y a la aflicción, arrastrados, nos suben a las canoas grandes de los krumens, los primos pescadores de Costa de Pimienta. Ellos abandonaron su vida y se dedican al transporte de nosotros, sus parientes, hasta el barco que nos arrancó para siempre de la vida que era la nuestra y que ya nada reemplazó. Vida interrumpida. Vida humillada. Vida que no es vida. Vida malograda. Vida vaciada. Los que alcanzaban se ahorcaban con las cadenas. Ese crujido está intacto. En los rostros de noche, noche que soporta esta luz que transparenta las nubes y quema las alas de las moscas, se movían los ojos desorbitados inflamados por un rito de cacería nuevo, a punto de reventar porque la conciencia del hombre que está al acecho se instala en la inocencia de la pieza y ese conocimiento que está más allá de la caza para comer, de la caza para fabricar las sillas y la cama, para adornar las reuniones, para tener máscaras que ahuyentan los miedos de la casa y su alrededor, ese conocimiento les daba fuerzas para tomar como podían las cadenas y con ellas partirse el cuello. Otros se deslizaban de las canoas y se quedaban sumergidos hasta ahogarse o eran devorados por los tiburones que los destrozaban en pedazos horribles y algunos quedaban agarrados por las cadenas. Nos subían al barco. La mayoría paralizada por el espanto. Mudos o soltando palabras a media lengua, sin sentido. Un llanto de locura.

Cuándo vine

Gritar. Gritar hasta traspasar el silencio. Gritar para que los que se quedaron sepan, por los cuatro vientos, la dirección de donde estoy, perdido. ¿Dónde estoy? Si supiera el camino, si el mar o sus rugidos tuvieran huellas, el agua la estela y los bramidos un sendero sin ruidos, sabría volver como cuando me adentraba en la selva adivinando el camino de los venados vivos y el hambre del tigre, y descubría la vuelta. Me recostaba a un árbol, se metía el frescor de su tallo en mi cuerpo, dejaba reposar las agitaciones de la espera tensa y al acecho, y entonces podía escuchar mi corazón y seguir a la aldea con mi presa. Llegaba fatigado y feliz. Con comida abundante, una piel nueva, y una historia que contaría en la noche con las voces y los silencios de la selva. Los vientos lentos anidados en el follaje.

Gritar. Gritar en mi lengua para desenterrarla. Gritar y que mi voz sacuda el árbol fértil de las palabras, mis palabras. Que vuelvan a volar y se suelten del peso de la montaña de las palabras que nos imponen y nos sepultan y nos despojan. Muerte en vida que inicia su destrucción cuando nos toman prisioneros por sorpresa, cazados sin batalla, con engaños y cobardía y nos arrojan en la tumba de madera que no encuentra cueva ni fuego en los abismos del mar. Tumba que da tumbos y cruje con los golpes del agua. Que se llena de gemidos y suspiros del pánico. Sin saber adónde, ni por qué, apretados, sufrimos el miedo de morir de miedo, el miedo de morir de mareo, el miedo de morir de hambre, el miedo de morir devorados por los blancos. Tumba que ni siquiera tiene el abrigo de nuestra tierra, la sustancia de los otros muertos que son nuestros muertos. Muerte que nos roba. Robo de todo que nos mata en una tumba sin rumbo, amarrados con cadenas a la muerte, atezados el cuello y la voz con maderas que se incrustan en los hombros, atrapados los pasos, encerrados los gemidos que llenan los oídos y se revuelven con el silbido de pájaro lúgubre de las colas de los vientos que azotan el mar y se desmandan de los palos y las lonas, y los ojos tapados por la oscuridad y sin visiones, negrura de la cueva en la montaña donde los ancianos y los enfermos de la tribu se recogían para morir, oscuridad distinta a la de ahora, no esperada, no querida, y el olfato dañándose con el olor de mi podredumbre, igual al de los restos de los animales muertos y agusanados que esperan el oficio de las hienas y los buitres.

Gritar y gritar para que el dolor se desatasque, salga del pozo y no se quede adentro como el gusano en la llaga, como la anciana serpiente enroscada en el hoyo mudando su piel. Pero mi piel no cambia, se gasta su brillo, se desvanece su calor, se aja su temple, se vuelve un saco arrugado de huesos, sin música. El dolor incuba más silencio y nos impide responder al castigo. El dolor despoja de fuerza y poder a las palabras. Mis palabras. Las repito una y otra vez para que no huyan, para que no se hagan invisibles. No es fácil. No conozco los árboles de acá. El río es diferente y lejano y están cavando un zanjón para tener un canal cerca. Los animales comienzo a conocerlos y no he visto de los grandes, los de piel antigua y dominio anterior a los antepasados, anterior a que los muertos parieran a los dioses. Mis familiares faltan. Mis palabras separadas de aquello que nombran, de la tierra a la que nos pertenecemos y con la cual somos un mundo de armonías, arruinan su virtud, se quedan vacías. Grito. Mis palabras sabían atraer la lluvia. Mis palabras sanaban. Espantaban la enfermedad. Mis palabras asustaban al león.

Mis palabras se esparcían como plegarias y sabían recogerse de agradecimiento. Ahora mis palabras se envolverán en el grito. Mis palabras. Recorrerán la rabia, romperán el dolor, atravesarán el mar y las tierras y los cielos y despertarán a mis dioses.

Gritar para que los dioses acudan y estén al frente y me ayuden a poseer este mundo ajeno donde los blancos matan a los indios, nos venden a nosotros, nos destruyen y a la fuerza quieren convertirnos en lo que no somos.

Grito para que Oyá Yansá, dueña de las centellas, me acompañe. Yo estaré arriba del palo cuando la centella venga. Oyá Yansá vendrá y fundaremos el reino otra vez, aquí mismo. Ella traerá sus dos espadas. Me esperará en el cementerio con su vestido rojo. Grito y hago sonar las semillas de las ramas del árbol de esta tierra, el flamboyán. Grito para pedirle que me deje sin memoria, como ella, porque la memoria en estas tierras tan lejanas habrá que fundarla con el reino nuevo y liberarla de la tristeza, del peso insoportable de una lejanía sin regreso, de una separación sin las esperas de volverse a unir porque la dolencia la transformó en una amputación, miembro inútil que hace aspavientos en un aire inexistente y sus restos devuelven la impotencia de lo que desapareció y no estará.

Gritar para no tragarme la lengua, mi lengua, la que saco para burlarme del miedo, la que muerdo para que no se escapen los secretos, la que habla a los árboles y canta en la noche a los ausentes. Gritar para que mi lengua espante el silencio, aprenda a hablar sola, despierte las palabras que quedaron prisioneras de las nuevas palabras, cercadas por su sonido y un significado que no pertenece a ninguno de nosotros. Gritar y gritar y si los gritos se pierden, caen al mar, mi lengua se hundirá en mí, me la tragaré y así al morir se liberará mi espíritu y volverá al lugar de los antepasados, a los pensamientos sin palabras, al mundo sin ruido de los muertos donde la vida es flotar en el recuerdo de los vivos.

No me voy a tragar mi lengua. No voy a usar mi lengua de tapa que cierre la entrada y la salida del aire hasta secarme. No hundiré mi lengua como lanza en mi garganta para encerrar los gritos. No me mataré con mi lengua. Gorda de palabras sin decir, no cabe en mi boca. Una vez muerto seguirá creciendo por lo que no dije, por la imposición de callarse, por el castigo. Voy a gritar para sacar las palabras de mi lengua. Para ser yo sin que me cambien. Para que los míos me escuchen y mis dioses me respondan. Y así poder volar sin que el peso de ancla de las palabras no dichas, en mi lengua, me arrastre a los abismos.

Voy a gritar. A sembrar mi voz en esta tierra de indios muertos, navegantes y hombres de comercio blancos. Hombres y mujeres de religión blancos. Hombres de gobierno y de armas blancos. Y nosotros, mujeres y hombres negros, sin elección, obligados, de remeros de galeras, de mineros en los socavones, de constructores de defensas, encerrados en las ergástulas públicas, de sirvientes en las casas, de cultivadores en las haciendas, de ayudantes en el hospital de San Sebastián, de intérpretes de ideas bondadosas pero estrafalarias y dominadoras, de perseguidos en los arcabucos de las afueras, de cargadores en el puerto, de arrancados de su vida y desgraciados en esta tierra inhóspita de calores insoportables y humedad insalubre, donde hace más sofocación cuando llueve, y las moscas del día y los mosquitos de la noche acosan la piel y los ojos, donde no nos dejan ser nadie, donde estamos condenados y morimos sin vivir, tierra de paso y mar de protección en la cual ya tenemos descendencia que continúa la desdicha, que no conocerá a sus abuelos, que está marcada por la fatalidad de un desarraigo que destruye las raíces, hace imposible el deseo, pudre las querencias y se empeña en abolir la lengua.

Gritar. Mi grito se abrirá camino entre las otras lenguas, será entendido, fecundará a las otras palabras, tendrá un lugar donde se podrá cantar y bailar, pintar y ha-

cer máscaras, lucir los collares de protección de los dioses, sacrificar las palomas blancas y las gallinas rojas a Oyá Yansá, recuperar el hilo que nos hace parte de un mundo al que pertenecemos, del que somos y que ahora con mi grito se fundirá con éste.

Gritar para recuperar mi nombre. Para rechazar el nombre que me ponen encima del mío y así me llaman sin respeto. Domingo no es nombre de humano. Yo no soy domingo. Yo tengo mi nombre de nacimiento. Yo no respondo si me dicen Domingo. Ni tampoco jueves. Yo quiero seguir siendo yo. Mantenerme en medio de las crueldades del trato, de las marcas que destruyen la piel con los hierros ardientes, de las cicatrices por las heridas mal cerradas del látigo.

Gritar para que mi amigo Pedro, el padre, sepa que acepto su amor pero no su consuelo. Que si yo consiento en el abuso contra mí seré parte del mal, o sirviente de ese ángel expulsado. Él nos contó que se llama Luzbel y es un diablo. Gritar para contarle a Pedro que podemos ser amigos siendo distintos. Que él no me conoce y yo tampoco lo conozco a él. No ha visitado mi tierra. Yo no he pisado la suya. Estamos en este suelo cenagoso, de arena y arcilla, y ninguno de los dos somos de aquí. El padre Pedro llegó por su voluntad. A mí me trajeron a la fuerza: amarrado de cuello y pies, metido en mi vómito y en el de mis hermanos, en mis excrementos y en el de mis hermanos, en mi sangre que fluye sin secarse de los agravios, de los golpes, de los cortes, de los hierros que perforaron el cuerpo, y que cubre la madera de las bodegas, empapa los listones, se cuela por las juntas, arremolina a la bestia del mar y a los hijos de la bestia que golpean el casco buscando más sangre. A mí me trajeron cubierto con las costras sobre la piel quemada para poner las marcas infames, envuelto en el olor cada vez más grueso, cada vez más irrespirable de la podredumbre propia. Arrastraron hasta este mundo desconocido mis restos que ahora gritaré para reconstituirlos, encontrarlos, sanarlos, tenerlos en mí. Gritar para ser en medio de la destrucción y más allá de lo que nos quitan.

El padre Pedro quiere que yo crea lo que él cree. Yo quiero ser el que soy, o el que fui, o el que empezará a ser.

Para siempre: Benkos Biohó.

Gritar para que no se olvide mi nombre.

Cuándo vine.
Cuándo.

Yo no vine. Me trajeron amarrada con cadenas. Me robaron y después fui vendida. Es robo y no rapto. El robo despoja y termina en desgracia. El rapto es deseo y propone la unión. El robo nace de la codicia, de la aspiración indebida de lo ajeno. No agrega sino que quita. El rapto es un delirio por la posesión del otro. Unas ansias que si no se resuelven no dejan vivir. El rey o el guerrero miran sin ser vistos mi cuerpo que acaricio con el agua del río, con la luz que se cuela entre las hojas de los árboles y brinca en la corriente mansa. Unto mi cuerpo de bálsamo vegetal para conservar su brillo, su tirantez de tambor. Mi cuerpo de miembros largos, mi cuello de garza de pantano, mis ojos, ay mis ojos, grandes y vivos como de cabra perseguida, mis pechos firmes de torres de hormiguero, mis nalgas apretadas de guayacán erguido y la piel lisa de luna llena, mi cintura estrecha y flexible de animal al acecho, y mi caminar de tranco largo inmutable ante las distancias y de movimientos guiados por los vientos y lo que voy cantando para que los dioses de la aldea estén contentos, ay, mis pasos extraviados, mis pasos sin rumbo con el temor de los tropezones y el sendero sin luz. Metida en el que me miró. Tallada en sus ojos en los que aparezco cuando no estoy. El rey o el guerrero me siguen. Me emboscan. Y así es el rapto. Una irrupción de amor desbocado por alguien que sólo ha visto el cuerpo de uno y que uno no sabe qué ha mirado, qué lanzó la red invisible de la mirada atrapadora. Quien rapta la belleza la conserva. Algunos la destruyen cuando ya no pueden tenerla más.

Robada vine. Maltratada vine. No raptada vine. Aprisionada con violencia vine. Muerta de miedo vine. Repitiendo mi nombre para que no me lo robaran, repitiendo mi nombre para que no se muriera en el silencio, Analia Tu-Bari, mi nombre es parte de mí, yo soy Analia Tu-Bari. Enferma, herida, arrastrada, rota. Arrojada en las profundidades de la embarcación en la que nos trajeron embutidos. Cabeceos y golpes de agua que podían desarmar la nao. Quietudes largas de silencios sin tiempo, como si el callarse profundo del bosque, por un instante, cuando termina de soltarse la furia de la tormenta sobre la aldea y sobre la tierra: los vientos guardados, los pájaros ateridos, los insectos en reposo, los felinos acurrucados al fondo de las cuevas, el río lejano creciendo con los pedazos de montaña descuajados con árboles y pastos, los búfalos inquietos y las manadas de elefantes en el territorio de los árboles gigantes de follaje trenzado donde la luz no pasa y el agua no se cuela y crecen los hongos descomunales, y de repente esa pausa de incrédulo final hasta que una gota de los aguaceros, detenida en alguna de las hojas, se desliza, perla transparente que existe un segundo invisible, alargando su forma mientras se precipita en caída sin vuelo por la atmósfera liviana y se estrella en un charco con su splashh inaudible y entonces vuelven las voces de la vida, su algarabía de lenguajes secretos que el viejo de la aldea entiende y contesta, a veces con un soplo, a veces ayudado de una flauta, a veces con su voz y sus manos, a veces con el tambor, a veces haciendo sonar las semillas o en los sigilos de los sueños. Si, aquí en el mar parecía que ese instante se prolongara hasta agotar la espera y algo desconocido se sumaba a la desgracia, un puro azar en que desaparecían los signos que lo vinculan a uno a su estar en la tierra, a los festejos de los nacimien-

tos y a las despedidas de la muerte, a la época de las siembras y a la felicidad de las recolecciones, a compartir las bonanzas y enfrentarse a las carencias. Apenas se oían los gemidos acabados de los que íbamos encerrados, abajo, en la bodega y los pasos de los navegantes, encima, y un grito solitario, a veces un murmurio. Todos íbamos enfermos, adoloridos, cubiertos del vómito propio y del vómito de los otros, los pies metidos entre un agua espesa que no alcanzaba a secarse con sus afluentes de orines y los haceres del cuerpo que salían directos y fétidos en el lugar donde estábamos encadenados y las supuraciones de las heridas, y los brotes nuevos del óxido en las cadenas y los brazaletes que se nos incrustaban en el cuello, en los brazos y en los tobillos, y el sufrimiento que endurecía las lágrimas y el espanto insoportable de la ausencia del mañana. En esas quietudes sobre el horror del mar nos aumentaba el miedo. Esperábamos que se abrieran las aguas y cayéramos sin fin a la muerte. En medio del dolor que no podíamos sacudir por la inmovilidad y reclamaba con las palpitaciones profundas de un volcán escondido, yo recordé: mi abuelo me enseñó a llamar a los vientos, aplacarlos, a gritar y a cantar para que cambien de dirección, a silbar para que vengan, del Este, a jugar con sus remolinos de tierra suelta, seca y hojas caídas. Lo recuerdo y las palabras están dormidas, acoquinadas por este daño que viene como una maldición y nos convierte en un padecimiento vivo, en una tristeza sin suspiros, en un mal sin queja, en un exterminio sin grito. Las fuerzas y el corazón se concentran en no desaparecer uno en esta bolsa sanguinolenta y afligida que pierde el impulso de rechazo a la humillación que supone doblegar al otro, imponerle una voluntad ajena, extirparlo de su vida, vaciarlo de posibilidad, instancia de reclamo y reparación hasta enloquecer de pena y desconcierto. El desuso de las palabras les quita su poder, la virtud con que enfrentan el mundo y terminan de darle forma, la forma que corresponde y lo distingue.

Yo no vi morir a ninguno de los míos, de los de mi tierra, en el hueco oscuro de la carabela. Me daba cuenta de la muerte porque los vecinos de cadenas del muerto sacaban voces de la nada y en susurros esforzados la cantaban, le avisaban a los dioses y a los muertos. En esa sepultura bamboleante para los vivos, maloliente y con un clima de sofocación peor que el calor, acumulando como nubes de alientos enfermos y respiraciones podridas, los únicos que se salvaban eran los que se morían. Nadie bajaba a desatarlos y seguían los embates del mar, los crujidos de las maderas, la oscuridad, la mano que se asomaba y pasaba la escudilla de harina de maíz o millo crudo, el jarro de agua.

¿Por qué?

Larga oscuridad de fango en el aire que revienta los pulmones. Piel que los castigos de golpes, el látigo, los quemones y la tristeza enmohecen. Hasta oír los ruidos distintos y los pasos rápidos arriba. Llegó el tiempo en que seremos devorados y el cansancio es tanto que no queda lugar para el miedo. El alivio del fin cuando ya el suplicio destruyó todo. Me aferro a mi nombre Analia Tu-Bari. Atrapo mi memoria joven. Apenas comenzaba a poblarse con la historia de los míos, mis aventuras recientes, el sendero del cual vengo, mi lugar en la aldea, esa pertenencia de la cual nos vamos nutriendo, en la cual crecen las raíces que nos sujetan y nos alimentan y nos hacen fuertes como ceibas que nacen de semillas de ceibas que nacieron de semilla de ceiba untadas de lluvias y de tormentas y de tierra de tiempos y sombra y sol y noches y luna. Mi memoria no guardaba dolor. Mi memoria tomaba un mundo que al dejarse conocer nos llevaba a la celebración de sus secretos, a los pasos de los antepasados, paso tras paso desde la entropierna de la paridora hasta sus brazos y su pecho y sus canciones de arrullo para espantar los gritos y el llanto, las caídas y las enfermedades. Después el rastro en la selva de acechar al jabalí y al ciervo, los surcos para la siembra, las historias

contadas al grupo, los bailes que alejan los malos deseos escondidos y ponen en armonía nuestro movimiento con el del mundo, los antepasados que caminaron de la cueva de entrepierna a la cueva de la muerte y ahora vienen en los relatos y en los sueños. Aprendemos que somos parte de todo, vemos los hilos que nos unen y lo que cada quien agrega a ese orden, al brillo de la estrella, a las estaciones, al río, a las guerras. Mi memoria es un río manso que sé llamar. Me sumerjo en su corriente incontenible. Floto. Me voy a las orillas. Aguas de mi memoria que se pusieron turbias con los sedimentos que trastornan su curso tranquilo, lo desorientan y lo represan. Me es difícil ahora remontarlo. Quedo atrapada en un cenagal y de allí no puedo salir. Parece que la vida, interrumpida por este robo y este sometimiento sin razón, hubiera sido sepultada por los destrozos de lo que somos. Un sitio al cual es imposible volver pero es necesario recuperar para no morir del todo. La memoria se abre en diversos ramales. Algunos están ocupados por la cacería nocturna y cobarde. Por la prisión. Por el encierro en la bodega de la nao. Por las ventas en los parapetos de la plaza como si fuéramos barriles de aceitunas o botijuelas de aceite. Y se oculta el canal principal que nos conduce al origen, al flujo interrumpido de lo que íbamos a ser.

Yo, Analia Tu-Bari, no soy guerrera. Tampoco curadora. Ni maga mohana. No fui mujer de rey. Empezaba a ser yo en la tribu. Encendía el fuego. Cantaba. Oía el viento. Quitaba la corteza a los frutos. Hilaba la historia de los míos con mi continuidad y recibía la fuerza que viene de las raíces, esa red que te ata a lo que perteneces y evita que los días y las noches sean una extrañeza sin fin, un buscar inútil de tierra, de sueños, de apegos para vivir los desprendimientos, de vidas vividas y sus muertes para rechazar o proseguir, para ir más allá de donde llegan los ojos, de las rutas de los rinocerontes, del nacimiento de los ríos, de la formación de las tormentas, del recodo secreto donde se recogen para morir los elefantes. Lo que me dispongo a ser en esta tierra extraña es una ceiba. Guardadora de acciones. Una ceiba de tallo engrosado que bañe con su savia traída de otros territorios esta tierra de la cual siento ya no saldremos nunca. Mi savia de ceiba maltratada se fundirá con los jugos de esta tierra de lenguas revueltas, de saqueadores que vienen del mar, de templos de hombres que quieren hacer un reino en los cielos, de enfermos que viven en los hospitales y no se curan, de autoridades de la ciudad y de autoridades de las creencias, de soldados, de nosotros dominados a la fuerza y obligados a la servidumbre, de buscadores de fortunas, de mercaderes, de indios, de gentes de paso, de navegantes náufragos, de herreros, de constructores de defensas. Son demasiados y aún no termino de conocer. Soplo mi instrumento de madera, caña corta con huecos, y me entretengo. Me gusta el tambor. A Pedro no, lo aborrece y se ahoga de iracundia cada vez que lo oye. Lo arrebató la furia y empieza a dar golpes con su bastón y recoge los tambores, los esconde y sólo los devuelve cuando le pagan la cantidad que él dice. Él no conoce la música de tambor. Pedro me cuenta. Me enseña. Me sigue haciendo un saludo que él llama bendición. Él quiere llevarnos al reino del cielo. Yo le digo que el cielo es de las nubes y de los pájaros. Yo no tengo alas. Si tuviera volaría y encontraría mi tierra, de la que me robaron.

Cuándo me trajeron.

Cuándo.

Sí. Gritar. Mi grito perfora el aire. Llega a lo alto de las ceibas y rebota. Sacude las ramas de los flamboyanes. Reconoce los nísperos y husmea los mameyes. Mi grito funda. Mi grito invoca. Mi grito llama. Mi grito como el canto del pájaro-colibrí marca su territorio. Sé que no hay vuelta. El mar sólo devuelve los cuerpos de los muertos. Los tesoros los esconde. Mi grito señala este lugar rodeado de ciénagas y sin caminos. Un lugar de nadie para todos donde encenderemos otra vez el fuego y venceremos el silencio. Aquí cada uno encontrará su nombre y se curará del dolor de la marca con hierro encendido. Gritar para expulsar esta imposición de olvido. Una vez cruzado ese mar inmenso y ahogadas las raíces que nos unían a la tribu, al cielo y a la tierra, al día y a la noche, a la trompeta del elefante y a la flauta del sinsonte, raíces aplastadas por el miedo y las distancias sin señales para caminarlas de vuelta, raíces destruidas por la muerte, apenas quedaba a los que éramos sacados de la tumba aún con aliento, inflados de beber agua salada y con la garganta estragada por un puño que la atenazaba y la rasgaba y la piel castigada por las mataduras de las cadenas y los maderos y la oscuridad, lo que nos quedaba era el recuerdo, buscar y escarbar en su corriente de sorpresivas crecientes lo que estaba en nosotros y nos trajimos metido en la sangre que perdíamos a golpes. Gritar. Así protejo de la devastación los restos de esta memoria asediada que es la única señal para reconocer que yo soy yo. Yo. Benkos Biohó, hijo y fiel de Oyá Yansá. Yo el que puedo correr bajo las tormentas, caminar por la playa en medio del aguacero sin que las centellas me toquen porque estoy protegido por ella. Extirpados de la tierra en que nacimos. Alejados para siempre de los ombligos que nos ataban a la entraña de la madre, venida de otras entrañas que agregaban los caprichos del tiempo, la sabiduría de los sueños, el amor que no cabe porque es amor de amores, lluvia de lluvias, sangre de sangres, y mi padre, peregrino de abrazos, pícaro de risas, entrón perpetuo que celebra las ensartadas tiernas donde entrega su semilla, su deseo de ser en el otro, de compartirlo sin arrepentimiento, de traspasar su ser único, su yo infinito y convertirlo en tres como los afluentes del río. Compenetración para que el mundo sea conocido y amigo. Gritar, mi grito desentierra el ombligo guardado al nacer debajo de las cenizas de la hoguera. Gritar para que mi ombligo reviva el fuego y me siga alimentando con el vínculo y la separación, con la continuidad y el riesgo, con el apego y el azar. Mi ombligo que Pedro no conoce ni acepta. Pedro que insiste en llamarme Domingo y se molesta cuando no le respondo. Nunca le respondo. Gritar para que lo sepa: nadie que es amigo desconoce el nombre de su amigo. Ni pretende robárselo. Yo a Pedro no le digo Piedra. Tampoco Pedrada. No le pregunto por qué está acá en lugar de cuidar la cantera de sus hermanos en la isla de Tierra Bomba si él es Piedra como me ha dicho. Gritar. Yo no lo convenzo de que el animal protector de mi tribu debe ser el protector de él. Ahora nos han dejado sin protector. Esta tierra es habitada por otros animales y guardada por otros dioses distintos a los de Pedro. Yo me entiendo con Catalina. Ella es de la tribu de los Calamarí y caminaban este mundo con su mar que a mí me da miedo y con sus ríos y sus bosques y sus colinas sin nieve desde mucho antes de la venida de Pedro y la forzada traída nuestra. Gritar. Catalina se llama así por su abuela, una india que acompañó a los primeros blancos que llegaron por el mar a la aldea, viajó con ellos por las islas, aprendió su lengua y servía para que hablaran con los de la tribu. No se entendieron. Los

blancos los robaron, hicieron una amistad maliciosa y con ventaja, los enfermaron, les impusieron otra vida que los destruía. Gritar. Catalina me dice que la abuela Catalina se untaba el cuerpo de achiote y de las semillas del árbol de bija. Quedaba roja y bella y el sol no castigaba la piel ni los mosquitos la inflamaban. Parecía un pájaro. Gritar. A la tribu de Catalina le quitaron el puerco-espín de oro que los protegía y le dejaron unos maderos torcidos, cruzados que no los oyen, no dan fruto, no ayudan en la pesca, no acompañan en las peleas. Gritar. El color de la piel y el cabello de Catalina distintos al de las mujeres de mi aldea y de las aldeas de mi tierra. Catalina corre menos, su paso es corto y la piel es blanca teñida con esta tierra de arcillas rojas, amarillas y fangales negros. En la lengua de Pedro él llama al color cetrino. Y me habla de un hombre de nación lejana, Pedro lo nombra como sabio y cuando se desespera conmigo a mí me nombra como bozal y pagano, terco y condenado, un hombre que escribe en una lengua que Pedro conoce un poco y no ha podido contarme por qué lo que se dice con la voz y el grito, lo que se guarda en el recuerdo, lo que los muertos confían a los vivos, por qué hay que volverlo letra, Pedro no me dice, yo grito, y ese sabio con las letras dijo que el color negro como el pájaro-cuervo viene del calor de la matriz, el calor que nos tizna y nos guarda y nos prepara para los soles, y el blanco como el pájaro cisne sale de la frialdad de la matriz. Pedro dice que el cisne es más grande que un pato y con el pescuezo de jirafa, sale de matriz fría, como el blanco de las montañas altas que el sol derrite y es un torrente de agua. Gritar. Cuervo y cisne. El cuervo grazna. Yo grito. El calor ennegrece. El frío blanquea. Si es así como Pedro me cuenta no entiendo por qué nos usan para destruirnos y nos someten a un imperio que no es el nuestro, a un maltrato porque sí, a un miedo que no nos deja ser. Gritar para que no puedan dañar mi memoria y se haga fuerte y no sea sepultada por el frío del que vienen los blancos. Para que mi calor y el de mi tribu y el de las tribus de mi tierra se mantenga como humo de vida. Como recuerdo a los muertos que están en las orillas de este mar, en las bestias de este mar, en esta tierra y que no sé cuántos son, carabelas completas de enterrados fuera de su cueva, lejos de su tribu y cuya memoria se pierde entre raíces podridas y lombrices anudadas unas con otras. Gritar. El grito atraviesa el salitre denso del aire, avanza en medio de las ráfagas rípiadas de vientos contrarios que soplan desde el mar, asusta a la guardia que defiende las puertas de la ciudad, sobresalta a los navegantes que cuidan en la cubierta las carabelas fondeadas y observan lejanas las estrellas y las fogatas temblorosas en la playa, se mete en los patios de las casas y altera el sueño de las guacamayas en los aros de hierro de los corredores, llega a la cocina y hace sonreír o espantarse a las negras, mi sangre, que aprenden sabores nuevos y revuelven el azafrán con trozos de hígado fresco y plátanos maduros de Guinea, mi grito se desliza por debajo de las camas del hospital y reanima a los negros moribundos y obliga a taparse los oídos a los enfermos blancos, a los que se les revientan las pústulas durante la noche, mi grito entra al patio de San Lázaro y hace perder el ritmo a los cuerpos desnudos, mordidos por el mal que Pedro llama fuego de San Antón y que los consume a pedazos, allí refugiados en la oscuridad bailan al son de tambores golpeados con los codos y una trompeta robada a los corsarios, mi grito, flota entre las nubes de mosquitos y la hedentina descompuesta de restos y dolores acumulados en las negrerías, se posa en el sueño de los que caen rendidos por el sufrimiento. Mi grito.

Gritar y el camino se abre. En la noche y en el día saltaremos los muros, nos internaremos en los arcabucos, levantaremos túmulos de bejucos espinosos y tierra, de piedras de mar y de rocas de cantera, como lo hacemos aquí para proteger la ciudad de los piratas. Gritar y que mi grito alcance nuestra tierra después del mar. Y Oyá Yansá, centella que va y viene, siga el rastro de mi grito y el cascabel de las semillas de flamboyán.

Gritar, ahora que estén todos los mayores en este lugar apartado. Gritar para quitarles de su piel de ancianos las marcas que no caben en el cuerpo y que ponen para contar cuántos castigos recibieron desde que nos encadenaron para robarnos y nos vendieron y nos subordinaron. Castigos de latigazos. Castigos de encierro. Castigos de hambre. Castigos de remar y remar. Gritar y auxiliar la voz de los ancianos, ponerle caricias de manos y ungüentos encima de las heridas y llagas y cicatrices que no tuvieron cura. Gritar y arrullarlos con las canciones que despierten la memoria de los espíritus y recuperen la voz para llamar a los antepasados, iniciar la plegaria y nombrarlos. Gritar y poner aquí el caracol que me regaló Catalina y que su abuela utilizaba para soplar y enviar sonidos y contar secretos y apaciguar a las tortugas inquietas en los corrales. El caracol que manda las consultas a los egguns y a quienes les diremos que el reino será aquí y allá y les ofrendaremos un gallo y tendrán tabaco, aguardiente, flores, nueve trozos de coco, pan y arroz. Gritar. Aquí el reino y su palo de monte con nueve rayas rojas y blancas. Ojos que no ven y boca que no habla sino por mí. Gritar.